



vermeer

GALERIA DE ARTE

SUIPACHA 1168 - BUENOS AIRES

**Homenaje a
Pablo
Curatella Manes**

inauguración
11 de julio

temporada 1974

clausura
31 de julio

... Un ejemplo sintético de las consideraciones anteriores puede hallarse claramente en la obra de Pablo Curatella Manes, artista que inaugura y lleva a un punto de plenitud la escultura argentina moderna.

Ante todo, situado en Europa desde comienzos de la segunda década, le cupo la fortuna de vivir, experimentar muy de cerca la época artística más fértil en innovaciones y descubrimientos, a cuyo lado parece enteca la de esta segunda postguerra. Con referencia a la escultura, son los años en que dicho arte recobra su autonomía, deja de ser ancilar u ornamental. De esta suerte Pablo Curatella Manes recibe los más sanos ejemplos, los más fertilizantes estímulos (sí, no hay hipérbola en la arjetivación), primero del futurismo en Florencia, después del cubismo en París. Un gran crítico de aquel período, Maurice Raynal, en el estudio que le dedicó —acompañando la exposición del artista en Oslo, 1948—, ha señalado claramente cuán estimulantes fueron para Curatella Manes las frecuentaciones de Picasso y de Juan Gris, unidas a los ejemplos próximos de Jacques Lipchitz y Henri Laurens. Más si del futurismo Curatella Manes deja a un lado el dinamismo de las formas y solamente retiene la simplificación e interpenetración de planos es porque desde el primer momento se encamina directamente hacia lo constructivo, es decir, hacia la síntesis espacial del cubismo. Pero aun éste, nunca llega a ser para él cepto, mucho menos meta, sino simplemente estación, o mejor, punto de partida.

Un examen documentado de su evolución, de las obras cardinales que jalonan cada fase de su obra, lo demostraría cumplidamente. Anotemos únicamente algunos puntos de referencia. De "El guitarrista" y "El dragón", ejemplos del más feliz cubismo, pasa a la "Santa Teresita" —obra algo ambigua, puesto que parece situarse a mitad de camino entre el bajorrelieve y la tercera dimensión, en ese espacio epiceno que Archipenko llamó la "escultopintura"—, para reencontrar luego su expresión más personal en "Los acróbatas", tan graciosamente inventiva como airosamente equilibrada. Esta última escultura, junto con "La caída de Icaro", marca ya el paso a otra etapa: de la firmeza lineal al arabesco, de la solidez de planos al juego aéreo de los volúmenes. La forma en ésta y otras obras afines, aún más depuradas, que vienen después, por ejemplo, "Rugby", se descontorsiona ágilmente, sin miedo a incurrir en una suerte de preciosismo barroco. Y, finalmente, su última fase —que la muerte vino a truncar— está representada por lo que él llamaba las "estructuras". *

Guillermo de Torre